

LA PRINCESA Y EL JOROBADO

1º

PRIMERA PARTE

Había una vez un rey y una reina muy queridos por su pueblo debido a su bondad y sabiduría; y también admirados por los gobernantes de países vecinos por su gran amor a la paz. Dios brindó a esta pareja real una hijita tan hermosa que, yaciendo en su cuna, su madre apenas podía dejar de mirarla, y su padre sonreía cada vez que pensaba en ella – aun estando ocupados con sus ministros. Cuando se bautizó a la niña, se reunió el pueblo pues todos querían desearle felicidad y compartir la alegría del Rey y de la Reina. Había además entre los presentes, una anciana que pertenecía al grupo de los “encantados”. Al aproximarse a la camita de la princesa un silencio cayó sobre los invitados...

La viejita sacó un pequeño farol, lo encendió y mientras se agachaba sobre la niña, habló así. “Pequeña hija del rey, te enfrentarás a grandes cosas en tu vida, sufrirás dificultades, pero aun así serás feliz. Y jamás olvides esto: Buscad la Luz...”

Los invitados reaccionaron con escepticismo a las palabras de la anciana ¿iQué!? ¿No tenía mejor regalo que una luz que se apagará antes de que terminara el día? Silenciosamente la vieja hada desapareció entre la muchedumbre. Sólo quedó la pequeña luz centellando en el enorme patio central. Luego, ¡cómo se celebró el acontecimiento! La música y la danza eran espléndidas, pero la gran fiesta – en la que participaron hasta los más pobres – era lo mejor de todo. A través del crepúsculo el farolito irradiaba su luz serena. No se apagó ese día, ni el siguiente, ni el día después de ese. Seguía dando su luz, alimentado por una misteriosa fuente.

Sin embargo, el verdadero poder del mágico farol se reveló al ir creciendo la hija del Rey. Pues, al estar disgustada o triste, se aliviaba inmediatamente al mirar la luz del farolito. Entre todos los tesoros existentes en el palacio real, ninguno era más querido por la princesa que la luz regalada por la anciana en el día de su bautismo.

Los años de la infancia pasaron con rapidez. La princesa se transformó en una preciosa damisela. El Rey, quien había aprendido a discernir a través de las sombras de la apariencia, también estaba satisfecho; pues su hija tenía un corazón lleno de amor, y esto la hacía muy querida para él.

Con el pasar de los años, llegó el momento de esposar a la hija del Rey. Este envió mensajeros invitando a todos aquellos que aspiraban la mano de la princesa a que concurrieran al palacio el próximo domingo. Envió también heraldos a las cortes y ciudades vecinas para hacer conocer el edicto real.

Mientras tanto, en una pequeña choza a orillas del bosque vivía un joven conocido únicamente como el jorobado pues desde su nacimiento tenía sobre su espalda una gran giba. Vivía en ese lugar sin un mal sentimiento, pues era un hijo del día domingo y nacido bajo una buena estrella.

De niño había corrido muchas veces hacia su madre llorando cuando otros niños lo señalaban y se reían de él. Pero su madre lo reconfortaba diciéndole: "Este cuerpo con su joroba que te ha prestado la Tierra, lo tienes para vivir en él sólo por un tiempo. Un día tendrás que devolverlo a la Tierra. Pero tu corazón te lo dio Dios, y es tan dorado y tan lleno de luz como el de cualquier hijo de Rey. Lo que importa es sólo el corazón!".

Y con esto el joven se quedaba tranquilo. Con un corazón de oro, era mucho más fácil soportar una giba. Pero aun así, vivía asilado en la choza a orillas del bosque para no provocar las burlas del pueblo. Ahí armaba escobas y tejía cestos que vendía en la feria del pueblo más cercano. De manera que el Jorobado estaba sentado junto a sus canastos cuando aparecieron los heraldos anunciando que el Rey invitaba a todos los pretendientes a reunirse ante el palacio el domingo venidero. Ahí les esperaban tres desafíos. Quien los superara correctamente, ganaría la mano de la princesa y llegaría a ser el heredero del trono.

El Jorobado escuchó atentamente y se dijo a sí mismo:

-“Acaso, no he nacido en un domingo y bajo una buena estrella?”

-¿No poseo un corazón tan dorado y lleno de luz como el de cualquiera?”

-¿Por qué no puedo ir al palacio el domingo y probar mi suerte.

-¡Un reino no cae todos los días en las manos de uno!

Cuando los príncipes y jóvenes de la nobleza llegaron el domingo por la mañana sobre sus corceles gambeteantes, el jorobado estaba entre ellos. No teniendo caballo, tuvo que caminar el largo trayecto desde su casa hasta el palacio, llegando sucio y desaliñado. Varios de los nobles lo miraron con desdén y algunos se burlaron y preguntaron:

-“¿Quién eres y qué deseas aquí? ¡Aléjate pordiosero!”

A pesar de esto, el jorobado contestó alegremente:

-“Soy un escobero y he venido a cortejar a la princesa.”

Y todas las burlas que recibió no fueron suficientes para que le afectara el ánimo.

Pronto se callaron todos al salir el rey y la princesa del castillo. La belleza de la hija del rey era tal que todos los malos pensamientos desaparecieron al solo mirarla. El corazón del jorobado saltó de alegría y de tristeza a la vez, pues supo en ese instante que nunca más podría vivir sin ella.

La hija del rey fue a dar la bienvenida a los pretendientes y vio muchos rostros nobles y varias expresiones inteligentes, como así muchas miradas audaces. Pero cuando vio al jorobado fue notable su conmoción, apenas pudiendo mirarlo por segunda vez. Es más, sostuvo su mano entre las suyas por más tiempo que con cualquiera de los príncipes. Y cuando volvió al lado del rey, éste notó inmediatamente su alteración y le preguntó en voz baja:

-¿Qué te ocurre hija mía?

-¿Es que no te agrada esta multitud de pretendientes?

La princesa suspirando, dijo:

“Los pretendientes me agradan, pero temo que aquel al cual gustosamente pertenecería, no podrá cumplir los tres desafíos”.

El rey sonrió misteriosamente y habló así:

“Anda y mira la luz de tu farolito. Te reconfortará. Y no te preocupes; el pretendiente ideal será encontrado”.

Con esto, la princesa se retiró para seguir el consejo de su padre.

Entonces el rey se acercó al enorme grupo de pretendientes y anunció:

“Uno de los presentes recibirá la mano de mi hija en matrimonio. Este será el que sea capaz de enfrentarse a tres desafíos. Primero, tendrá que hallar una perla que sea la más preciosa de todas las de mi reino. Segundo, debe encontrar el manto que envuelve y cobija mejor que la propia piel. Y tercero, tendrá que ser quien sea capaz de tomar el paso más grande. Les daré una semana; reúnanse nuevamente aquí el domingo próximo y veremos quien ha cumplido mejor los tres desafíos”.

Con esto los príncipes se sintieron satisfechos. Los desafíos parecían ser mucho más simples que lo que habían temido. Podían, después de todo, ser fácilmente superados por medio de alguien emprendedor y con suficiente oro. Rápidamente llamaron a buscar las más hermosas perlas que pudieran encontrar. A otros los despacharon a encontrar el sastre capaz de crear el manto que el rey pedía. Mientras tanto, ellos ensayaban tomando largos pasos...

En poco tiempo, la plaza delante del castillo, se vació. Sólo quedó el jorobado...

SEGUNDA PARTE

-¿A dónde iré?, se dijo a sí mismo.

“No tengo ningún otro medio de transporte que no sean mis dos pies, y ningún sirviente para enviar que no sean mis propios ojos y oídos. Además, no poseo riquezas, sólo mi corazón de oro, pero lo que deba adquirir yo lo adquiriré, y si los tesoros que pide el Rey se encuentran en alguna parte, seguro que estarán dentro de su propio palacio”

Así que el jorobado se quedó en la ciudad cerca del palacio real, y mantuvo sus ojos y oídos bien abiertos, con la esperanza de ver la perla preciosa y la capa que envuelve y cobija mejor que la propia

piel. En cuanto al paso más grande, no hizo ningún esfuerzo. Su cuerpo deforme no le permitía intentar enormes saltos.

Cada mañana el jorobado armaba sus escobas como si no tuviese que enfrentar desafío alguno, pero por las tardes iba al palacio y sentándose a orillas de la fuente en el patio central, dejaba que su mirada recorriera el lugar.

Dos tardes pasaron sin resultado alguno. Pero el miércoles, después del mediodía, vio aproximarse a un niño mendigo descalzo y de cara muy sucia. Inseguro, el pordiosero se acercó a la cocina del palacio y tomando coraje llamó a la puerta. Cuando el primer cocinero se asomó, el muchacho pidió algunas sobras de la mesa del rey. Pero el cocinero le dio únicamente palabras duras y cerró con fuerza la puerta en su cara. El mendigo se dio vuelta como para irse, pero luego cambió de parecer. El jorobado vio como el joven volvió a llamar. Cuando el cocinero apareció por segunda vez, el niño suplicó de nuevo, esta vez para su hermana quien también tenía hambre pero que no podía pedir por sí misma por estar enferma. A lo que el cocinero lo amenazó, levantando su puño y gritando que él no tendría nada que ver con sucios mendigos.

Como el muchacho insistía, el cocinero tomó una cuchara de madero diciendo: “¡Te daré algo que no has pedido!”. El pobre niño no huyó, se quedó quieto esperando los golpes. El jorobado podía ver las lágrimas que corrían por sus mejillas. Luego observó algo más. Pues el malvado cocinero al ver llorar al niño, dejó caer su mano con la cuchara y murmuró rezongando: “Bueno, bueno, no tienes que llorar” y desapareció dentro de la cocina.

Pocos minutos después, reapareció con una bolsa llena de papas y un pollo asado. Los ojos del mendigo se llenaron de alegría y su “gracias” sonó muy fuerte y alegre mientras se alejaba contentísimo.

El jorobado largo un silbido mientras pensaba satisfecho:

-“He encontrado el primer desafío”.

El día jueves pasó sin que hallara la contestación a los dos desafíos restantes. Pero seguía de buen humor, pues estaba seguro que el destino volvería a ayudarlo. Así que retornó al lugar de costumbre al lado de la fuente a observar y esperar. Pero lo encontró ocupado. Ya no quedaba un lugar libre en el gran patio porque se habían congregado todos los mendigos de los pueblos vecinos, anticipando la llegada de la reina. Ella venía todas las semanas para repartir alimentos a los pobres. El jorobado observaba a los necesitados y veía mucha miseria y privaciones. Había muchos que apenas tenían harapos para cubrir sus pobres cuerpos.

-“Si alguien necesita el abrigo del cual habló el Rey, son éstos”, pensó el jorobado,.

-“Ese manto que envuelve y abriga mejor que la propia piel”.

En ese momento se fijó la reina que salía del palacio seguida por varios sirvientes que cargaban canastos. Por un momento dejó que su mirada abarcara toda la muchedumbre de necesitados desde lo alto de la gran escalinata principal. Muchedumbre que incluía también al jorobado, de pie, al fondo.

Este, avergonzado, bajó su vista, pues se sintió sin derechos de estar presente. Cuando miró de nuevo, la reina ya había bajado las escalinatas y se encontraba caminando entre los mendigos. Iba lentamente de uno a otro, mirándolos a los ojos, y para cada uno tenía un consejo y una palabra de aliento. De las canastas los sirvientes ofrecían comida para los hambrientos y también artículos que ayudarían a disminuir su pobreza. Llegó el anochecer y la reina aún seguía entre los pordioseros. Todos los ojos la seguían aún aquellos que ya habían sido atendidos no podían irse impedidos por un lazo invisible que los unía.

Finalmente, llegó la reina a donde se encontraba el jorobado.

-“¿Qué te trajo por aquí?” preguntó amigablemente. “

-¿Qué podrías necesitar?”

-“Tus manos parecen lo suficientemente fuertes para el trabajo”.

Le sorprendió al jorobado el hecho de que la reina se fijara en él pero contestó sinceramente: “vine con el sólo deseo de encontrar el manto que envuelve y abriga a todos mejor que su propia piel”. Cuando escuchó estas palabras, la reina suspiró y dijo:

-“Ciertamente me gustaría poseer tal manto para dárselo a quienes temblarán de nuevo esta noche con el aire frío”.

Retornó entonces al palacio y los sirvientes la siguieron portando canastas vacías. Al cerrarse las puertas tras ellos y al dispersarse lentamente los pordioseros, el jorobado notó de golpe que la noche se había puesto muy fría. Sorprendido, notó que sus manos y sus pies estaban helados. *¿Cómo es que no lo había notado antes?* Se apresuró a volver a su casa. En el camino comenzó a silbar suavemente al darse cuenta que había contestado el segundo desafío.

Durante el día sábado, mientras el jorobado recorría el pueblo, se encontró con varios príncipes que habían adquirido perlas y mantas, cada uno de ellos seguro de que el domingo ganaría la mano de la princesa. Cabalgaban orgullosamente, sin otorgarle siquiera una mirada al jorobado. Sin embargo nada de esto lo preocupó y sólo dijo:

-“Ya veremos quien se casará con la hija del rey”.

Y su corazón saltó de alegría pues él también se sentía seguro de sí mismo.

El domingo todos se reunieron. Los príncipes e hijos de nobles, con perlas en sus mochilas y ricas vestimentas atadas en prolijos bultos. Notaron enseguida que el jorobado llegaba con sus manos vacías y se rieron de él.

-“¿Dónde está tu valiosa perla, escobero?”, se mofaron.

-“Un mendigo me la mostró, pero no la puedo traer”, fue su contestación osada.

-“Y el mando que envuelve y abriga a cualquiera mejor que su propia piel, ¿en dónde has escondido eso?”

-*“¿Por qué me preguntan eso?, ¡lo estoy usando!”*, contestó con sinceridad el jorobado.

Los príncipes examinaron su harapienta casaca y casi se cayeron de sus orgullosos caballos de tanto reírse.

-*“Entonces habrás encontrado también las botas de siete-leguas y darás la vuelta al mundo con un solo paso”*, se burlaron.

-*“No”*, contestó el jorobado un poco avergonzado, *“no he aprendido a dar pasos largos”*.

Luego, lleno de confianza, agregó:

-*“Cuando el rey vea lo bien que he cumplido las dos primeras tareas, seguramente no insistirá con la tercera”*.

En ese momento la princesa apareció en la ventana y saludó a sus pretendientes reunidos; todos la saludaron con gritos de alegría. El jorobado sintió que no estaba feliz la princesa, pues la veía pálida y preocupada.

TERCERA PARTE

Luego se abrieron los portones del castillo y salió el rey. Y un silencio aprehensivo se adueñó de la multitud.

-*“Muéstrenme la perla más preciosa que hayan encontrado!”* ordenó el rey.

Se abrieron las alforjas y las perlas más magníficas que uno pudiera imaginarse, rodaron por el suelo. ¡Algunas eran del tamaño de un huevo de perdiz y todas brillaban con gran iridiscencia!

El rey caminó entre las filas de príncipes quienes le decían en alta voz:

-*“Con esta perla podría comprar un palacio real”*, y

-*“Mire señor, con mi perla uno podría comprar nada menos que la mitad del mundo”*.

El rey examinó todas estas riquezas, sin indicar cuál de las perlas consideraba la más valiosa. Así llegó al jorobado que permanecía de pie con las manos vacías.

-*“Ahora, muéstrame la más preciada perla cuya búsqueda te ordené”*.

El jorobado contestó:

-*“Ciertamente he hallado la más preciada de las perlas señor, la que es más valiosa que medio mundo. Pero poseerla no enriquece a quien la tiene, y no se la puede meter en una alforja”*.

El rey sonrió levemente y dijo:

-*“Dime amigo, de qué perlas me hablas?”*

El jorobado contestó:

-“Me refiero a la lágrima de un niño. Esa es la perla más preciada Pues puede comprar lo que el dinero no logra, que es la compasión. Y, ¿Qué sería del mundo sin la compasión?”

Luego le contó al rey la historia del pequeño mendigo que había visto el miércoles y del cruel cocinero cuyo corazón se ablandó al ver llorar al niño.

El rey asintió con su cabeza y dijo pensativamente:

-“Si, jorobado, ciertamente has hallado la perla más preciosa”.

Esto lo escucharon todos los príncipes sintiendo ira y miedo...

Entonces, el rey pidió:

-“Veremos ahora el segundo desafío. ¿Quién de ustedes me mostrará el manto que envuelve y cobija mejor que la propia piel?”

Esta orden trajo consigo los más lujoso atavíos: lanas, terciopelos, sedas, capas amplias y camisas ajustadas de finas pieles, botes altas y medias gruesas, pantalones y sacones, gorros y chalecos – las vestimentas más principescas que uno pudiera imaginar.

El rey examinó todo cuidadosamente, sin cambiar de expresión, hasta encontrarse nuevamente delante del jorobado. Este, por segunda vez no tuvo nada que mostrar; sin embargo le aseguró al rey:

-“Ciertamente he hallado el manto que envuelve y cobija mejor que la propia piel. Pero no está hilado de lana ni está confeccionado de terciopelo ni de seda”.

Nuevamente el rey repitió su suave sonrisa al preguntar:

-“Dime mi amigo, ¿de qué manto hablas?”.

-“Me refiero al manto que el amor hila a nuestro alrededor”, contestó el jorobado,

“porque abriga no sólo desde el exterior, sino también desde el interior de cada uno, y envuelve a todos mejor que su propia piel”.

Entonces relató al rey lo que había presenciado el viernes, cuando la reina demostró su bondad hacia los pordioseros y los recibió con su cálido amor.

-“Amor”, asintió el rey:

-“Si, el amor es el más cálido de los mantos y le queda bien a todos, sean gordos o delgados, altos o petisos. ¡Tienes razón jorobado!

Los príncipes escucharon las palabras del rey y nuevamente sintieron furia y terror. Entonces el rey exclamó:

-“Ahora veremos quién puede dar el paso más largo”.

Con desgano, los príncipes e hijos de la realeza se alinearon para probar su suerte una vez más. Pero antes de saltar discutieron con el rey así:

-“No tome en cuenta la realización de las dos primeras pruebas; después de todo no demuestran en ningún modo las habilidades personales de cada uno. Fueron sólo una cuestión de suerte, en realidad. Deje que cuente sólo el paso más largo, pues demostrará la verdadera sustancia del que cada hombre está formado”.

El rey miró a los jóvenes humillados con una expresión serena y segura en sus ojos. Luego comentó:

-“Será como ustedes piden. Ignoraremos los dos primeros desafíos, y juzgaremos únicamente el cumplimiento de la tercera prueba que desafía al hombre en sí. Quienquiera tome el paso más largo, ganará la mano de la princesa”...

Los príncipes se pusieron de muy buen humor y reuniendo toda su fuerza, saltaron lo más alto y lejos posible para tratar de merecer el premio.

-¿Y el jorobado?

A la verdad, su corazón había caído a sus pies, apenas escuchó lo que había dicho el rey. Cuando había contestado correctamente a las dos primeras preguntas, miró con alegría a la princesa, quien consideraba suya, y vio que ella lloraba amargamente; tan amargamente que ni siquiera la luz de la pequeña lamparita cerca de ella en la ventana, podía consolarla. Entonces el jorobado arrepentido, se juzgó de la siguiente manera:

-“Ahora mira lo que has hecho con tu orgullo! Todo este tiempo sólo has pensado en tus deseos; en lo lindo que sería casarte con la princesa y ganar un reino. Pero nunca te preguntaste si la hija del rey sería feliz con un jorobado como esposo. Fíjate ahora lo triste que se ha puesto gracias a tus deseos egoístas!”

De esta manera razonó el jorobado. Estaba convencido de que la princesa lloraba porque tendría que casarse con él. No se daba cuenta que ella no escuchaba nada detrás de la ventana de lo que se hablaba abajo en el gran patio. En verdad, ella sólo había visto sus manos vacías e interpretando incorrectamente lo que esto significaba.

Mientras tanto, los príncipes, de muy buen humor, saltaban como renos, y el rey, entretenido, observaba sus serios esfuerzos.

Llegó finalmente el turno del jorobado. Incitado a probar su suerte, se negó con un movimiento de cabeza y dijo que no quería probar.

Cuando el rey le preguntó el motivo, contestó con tristeza:

-“No quisiera causarle pena a la princesa. Prefiero volver a mi bosque antes que unirla a un jorobado contra su voluntad. Así que elijo no probar por si la suerte me concede nuevamente la victoria”.

-“Sin embargo ya has dado el paso más largo”, contestó con firmeza el rey,

-“Pues qué paso podría ser más grande que el renunciamiento voluntario a un reino, para volver a la pobreza”.

El jorobado movió su cabeza, incrédulo. Pero el rey, tomándolo de la mano, dijo:

-“Ven conmigo a donde está la princesa. Veremos si no eres capaz de secar sus lágrimas”.

Lleno de incertidumbre, el jorobado entró con el rey al palacio, mientras que los príncipes e hijos de nobles, enfurecidos, daban rienda suelta a su mal humor. Pero, al fin, decidieron desaparecer del gran patio central, tan rápido y silenciosamente como les fuera posible.

El jorobado entró a la pieza de la princesa con el rey, y se sentía tan asombrado, que no podía darle crédito a sus propios sentidos. Apenas había dicho el rey:

-“Mira, hija mía, te traigo a tu esposo”,

que la princesa corrió hacia el jorobado envolviéndolo con sus brazos. Luego el rey tuvo que contarle todo lo sucedido en el patio central; cómo el jorobado había cumplido los desafíos con sus manos vacías y tomado el paso más largo sin haber movido sus pies. Y la princesa con alegría exclamó:

-“¡Y yo creía que tú habías perdido!”.

Finalmente, el jorobado no pudo contenerse y preguntó:

-“Pero, ¿Por qué soy yo el que quiere cómo esposo? No soy buen mozo y hasta tengo una fea joroba”.

-“¿Ah sí, pero de que cuenta eso? Cuando fui a saludar a los pretendientes, vi sólo en tus ojos la luz que también irradia la lamparita y que me aconsejaron de niña que siempre buscara. ¿Cómo podría ser entonces engañada por la apariencia que la naturaleza te ha dado?”

El rey agregó:

“¿Quién sabe, quizás tenga tu joroba algún significado, pues no creas que gobernar un reino es siempre rayos de sol y pétalos de rosas. Es una carga pesada. Quizás tú, acostumbrado a llevar con paciencia un gran peso desde tu niñez, seas la persona más indicada para el trono?”.

Y así fue. El viejo rey y su amante esposa la reina, vivieron con alegría las nupcias de su hija. Se celebraron con gran pompa y festividad, con música y baile. Hubo muchísimos invitados y ricos

manjares. Muchos de los concurrentes recordaron con felicidad el gran festín dado en honor al nacimiento de la princesa.

Después de cierto tiempo, la reina murió y cuando el rey la siguió, el jorobado subió al trono. Fue un buen monarca, junto a su reina, la hija del viejo rey, llegó a regir al país con gran bondad y sabiduría.

Aportación de Marcela Ortuño